

DOCUMENTOS

LA NACIONALIDAD*

John E. E. Dalberg-Acton

Siempre que se ha combinado un gran desarrollo intelectual con ese sufrimiento que es inseparable de los grandes cambios que se producen en la situación de la gente, los hombres dotados de genio especulativo o imaginativo han buscado en la contemplación de una sociedad ideal un remedio, o por lo menos un consuelo, para mitigar los males que ellos eran prácticamente incapaces de eliminar. La poesía siempre ha preservado la idea de que en algún tiempo o lugar remoto, en las islas occidentales o en la Arcadia, un pueblo inocente y satisfecho, libre de la corrupción y la coerción de la vida civilizada, ha hecho realidad las leyendas de la edad de oro. El oficio de los poetas es casi siempre el mismo y los rasgos de su mundo ideal presentan pocas variaciones; pero cuando los filósofos intentan censurar o reformar a los hombres concibiendo un estado imaginario, sus motivaciones son más definidas e inmediatas, y la comunidad de la que forman parte sirve como objeto de sátira o como modelo. Platón y Plotino, Moro y Campanella construyeron sus químéricas sociedades con los elementos que faltaban en el tejido de las comunidades existentes, en cuyos defectos se inspiraron. La República, la Utopía y la Ciudad del Sol constituyeron una protesta contra un estado de cosas que la experiencia de sus creadores les enseñó a condenar y de cuyas fallas buscaron protegerse en extremos opuestos. No ejercieron influencia alguna y nunca pasaron del plano de la literatura al de la política, porque para transmitir una idea política que influya sobre las masas se necesita algo más que descontento e ingenio especulativo. El esquema de un filósofo no puede lograr la adhesión práctica de las naciones, sino tan sólo la de los fanáticos, y aunque la opresión puede originar repetidos y violentos estallidos, como las convulsiones de un hombre estremecido por el dolor, no podrá madurar en un propósito y un plan de regeneración definidos a menos que al sentimiento de los males presentes se una un nuevo concepto de felicidad.

La historia de la religión brinda un ejemplo cabal. Entre las últimas sectas medievales y el protestantismo hay una diferencia esencial que pesa más que los puntos de analogía existentes en aquellos sistemas considerados como heraldos de la Reforma y que basta para explicar la vitalidad del protestantismo en comparación con dichas sectas. Mientras que Wycliffe y Hus se oponían a algunas características de la enseñanza católica, Lutero rechazaba la autoridad de la Iglesia y otorgaba a la conciencia individual una independencia que debía conducir, sin duda alguna, a una resistencia incesante. Existe una diferencia similar entre la rebelión de los Países Bajos, la Gran Rebelión, la Guerra de la independencia o la insurrección de Brabante por un lado, y la Revolución Francesa por el otro. Antes de 1789 las insurrecciones eran provocadas por injusticias especiales y justificadas mediante reclamos precisos y por una invocación a principios que todos los hombres reconocían. A veces se proponían nuevas teorías en el curso de la controversia, pero eran fortuitas, y el gran argumento esgrimido contra la tiranía era la fidelidad a las antiguas leyes. A partir del cambio producido por la Revolución Francesa, aquellas aspiraciones que cobraban vida por medio de males y defectos del estado social llegaron a actuar como fuerzas vigorosas y permanentes en todo el mundo civilizado. Son espontáneas y agresivas (no necesitan ningún profeta que las proclame, ni un paladín que las defienda), pero populares, irreflexivas y casi irresistibles. La Revolución llevó a cabo este cambio, en parte por medio de sus doctrinas, en parte por la influencia indirecta de los acontecimientos. Enseñó al pueblo a considerar sus deseos y necesidades como el criterio supremo del derecho. Las rápidas vicisitudes del poder, en el cual cada partido apelaba sucesivamente al favor de las masas como el árbitro del éxito, acostumbraron a éstas a ser arbitrarias e insubordinadas. La caída de muchos gobiernos y la frecuente redistribución del territorio privaron a todos los acuerdos de la dignidad de la

* Traducido de J. E. E. Dalberg-Acton, *Essays in the History of Liberty*, Indianápolis, Liberty Press, 1985. Derechos cedidos por Liberty Fund, Inc., Indianápolis, EE. UU.

permanencia. La tradición y la prescripción dejaron de ser custodios de la autoridad y los convenios resultantes de revoluciones, de triunfos bélicos y de tratados de paz también hicieron caso omiso de los derechos establecidos. El deber no puede disociarse del derecho y las naciones se niegan a ser controladas por leyes que no constituyen ninguna protección.

En esta situación mundial, la teoría y la acción están estrechamente vinculadas una con la otra y los males prácticos fácilmente dan origen a sistemas opuestos. En el ámbito del libre albedrío, el conflicto de los extremos preserva la regularidad del progreso natural. El impulso de la reacción lleva a los hombres de un extremo a otro. La búsqueda de un objetivo ideal y remoto, que cautiva a la imaginación por su esplendor y a la razón por su simplicidad, evoca una energía cuya fuente de inspiración no sería un fin posible y racional, limitado por múltiples reclamos antagónicos y restringido a lo que es razonable, factible y justo. Una exageración o un exceso tiende a corregir otro y el error promueve la verdad, en lo concerniente a las masas, al compensar un error contrario. La minoría no tiene fuerzas para llevar a cabo grandes cambios si no recibe ayuda; la mayoría no tiene la sabiduría necesaria para actuar movida por la verdad pura. Cuando las enfermedades presentan diversas facetas, no existe ningún remedio que pueda satisfacer las exigencias de todas. Sólo la atracción de una idea abstracta o de un estado ideal puede unir en una acción común a multitudes que buscan una cura universal para muchos males específicos y un restaurador común aplicable a muchas condiciones diferentes. Y, por lo tanto, los falsos principios, que concuerdan tanto con las aspiraciones injustas como con las aspiraciones justas de la humanidad, son un elemento normal y necesario en la vida social de las naciones.

Las teorías de esta índole son justas en la medida en que son provocadas por males determinados y definidos y prometen eliminarlos. Son útiles por oposición, como una advertencia o una amenaza para modificar las cosas existentes y mantener despierta la conciencia del mal. No pueden servir como base para la reconstrucción de la sociedad civil, así como una medicina no puede hacer las veces de alimento, pero pueden influir en ella provechosamente porque señalan la dirección, aunque no la medida, en la que se necesita emprender la reforma. Se oponen a un orden de cosas que es el resultado de un egoísta y violento abuso del poder por parte de las clases dirigentes y de la artificial restricción al progreso natural del mundo, un orden de cosas desprovisto de un elemento ideal o de un propósito moral. Los extremos prácticos difieren de los extremos teóricos que ellos provocan porque los primeros son arbitrarios, y violentos, mientras que los segundos, si bien revolucionarios, son al mismo tiempo reparadores. En un caso el mal es voluntario, en el otro, inevitable. Éste es el carácter general del conflicto entre el orden existente y las teorías subversivas que niegan su legitimidad. Existen tres teorías principales de esta clase que impugnan la actual distribución del poder, de los bienes y del territorio y que atacan respectivamente a la aristocracia, la clase media y la soberanía. Se trata de las teorías de la igualdad, del comunismo y de la nacionalidad. Aunque provienen de un origen común, se oponen a males análogos y están relacionadas por muchos vínculos, no aparecieron simultáneamente. Rousseau proclamó la primera, Babeuf la segunda y Mazzini la tercera, que es la más reciente, la más atractiva en el momento actual y la más rica en promesas de poder futuro.

En el antiguo sistema europeo los derechos de las nacionalidades no eran reconocidos por los gobiernos ni defendidos por el pueblo. Los intereses de las familias reinantes, no los de las naciones, regulaban las fronteras, y el gobierno se manejaba, en general, sin tener en cuenta los deseos populares. Donde se habían suprimido todas las libertades, se ignoraban necesariamente las demandas de independencia nacional y, según las palabras de Fénelon la monarquía formaba parte de la dote matrimonial de una princesa. El siglo XVIII estuvo de acuerdo en olvidar los derechos sociales en el Continente, porque los absolutistas sólo se preocupaban por el estado y los liberales sólo por el individuo. La Iglesia, los nobles y la nación no tenían cabida en las teorías populares de la época y no concebían ninguna en su propia defensa porque no eran atacados en forma abierta. La aristocracia conservaba sus privilegios y la Iglesia sus bienes; y el interés dinástico que invalidó la inclinación natural de las naciones y destruyó su independencia mantuvo no obstante su integridad. El sentimiento nacional no fue herido en su punto más sensible. Despojar a un monarca de su corona hereditaria y anexarse sus dominios habría sido considerado como un daño a todas las monarquías y habría proporcionado a sus súbditos un peligroso ejemplo al privar a la realeza de su carácter inviolable. En tiempos de guerra, al no estar en juego ninguna causa nacional no se intentaba despertar el sentimiento nacional. La cortesía mutua entre los gobernantes era proporcional al desprecio con que se trataba a las

clases inferiores. Los comandantes de ejércitos hostiles intercambiaban cumplidos; no había entre ellos acritud o encono ni excitación alguna; las batallas se libraban con la pompa y la majestuosidad de un desfile militar. El arte de la guerra se había convertido en un juego lento y elaborado. Las monarquías estaban relacionadas no sólo por una natural comunidad de intereses, sino también por alianzas familiares. Un contrato matrimonial era a veces la señal para la iniciación de una guerra interminable, mientras que los nexos familiares solían erigir barreras contra la ambición. Una vez que las guerras de religión llegaron a su fin en 1648, sólo se declaraban guerras por una herencia o una dependencia o contra países cuyos sistemas de gobierno los eximían del derecho consuetudinario de los estados dinásticos, convirtiéndolos no sólo en países desprotegidos sino también detestables. Estos países eran Inglaterra y Holanda, hasta que Holanda dejó de ser una república y hasta que en Inglaterra la derrota de los jacobitas en 1745 puso fin a la lucha por la corona. Sin embargo, había un país que seguía siendo una excepción, un monarca que no era admitido en las comunidades reales.

Polonia no poseía ninguna de las garantías de estabilidad que eran proporcionadas por las conexiones dinásticas y la teoría de la legitimidad, en los casos en que una corona podía obtenerse por herencia o por vía del matrimonio. Un monarca sin sangre real y una corona conferida por la nación constituían una anomalía y un ultraje en esa época de absolutismo dinástico. El país fue excluido del sistema europeo por la naturaleza de sus instituciones. Polonia despertaba una codicia que no podía ser satisfecha. No daba a las familias reinantes de Europa ninguna esperanza de fortalecerse permanentemente a través del matrimonio entre los soberanos o de obtener el poder por legado o por herencia. Los Habsburgos habían disputado la posesión de España y las Indias a los Borbones franceses, la de Italia a los Borbones españoles, la del imperio a la casa de Wittelsbach, la de Silesia a la dinastía de los Hohenzollern. Hubo guerras entre casas rivales por el dominio de la mitad de los territorios de Italia y Alemania. Pero ninguna de esas familias reinantes podía abrigar la esperanza de redimir sus pérdidas o incrementar su poder en un país que no reivindicaba el matrimonio y la descendencia. Allí donde no podían heredar el trono en forma permanente intentaban, por medio de intrigas, prevalecer en cada elección y después de bregar en apoyo de candidatos que eran sus adeptos, los vecinos establecieron al fin un instrumento destinado a la definitiva destrucción del estado polaco. Hasta ese entonces ninguna nación había sido privada de su existencia política por las potencias cristianas y cualquiera hubiese sido el desprecio que éstas habían mostrado por los intereses y simpatías nacionales, se habían tomado ciertas precauciones para encubrir esa injusticia mediante una hipócrita perversión de la ley. Pero el reparto de Polonia fue un acto de desenfrenada violencia cometido en abierto desafío no sólo al sentimiento popular sino también al derecho público. Por primera vez en la historia moderna, un gran estado fue eliminado y una nación entera dividida entre sus enemigos.

Esta famosa disposición, el acto más revolucionario cometido por el viejo absolutismo, despertó la teoría de la nacionalidad en Europa, convirtiendo un derecho latente en una aspiración y un sentimiento en una reivindicación política. Tal como lo expresara Edmund Burke: "Ningún hombre sabio u honesto puede aprobar esa división o contemplarla sin pronosticar que acarreará grandes males a todos los países en el futuro".¹ Desde entonces hubo una nación que exigía su unificación en un estado -un alma, por así decirlo, que erraba en busca de un cuerpo en el que pudiera empezar nuevamente a vivir- y por primera vez se oyó un clamor en contra de la injusta medida tomada por los estados europeos: habían trazado límites antinaturales y privado a un pueblo entero de su derecho a constituir una comunidad independiente. Antes de que esa reivindicación pudiera hacer valer eficazmente sus derechos contra el abrumador poderío de sus oponentes- antes de que ganara vigor después del último reparto, para superar la influencia de largos hábitos de sumisión y del desprecio que los desórdenes anteriores habían acarreado a Polonia- el antiguo sistema europeo estaba en ruinas y un nuevo mundo surgía en su lugar.

La vieja política despótica de la que fueron víctimas los polacos tuvo dos adversarios: el espíritu de libertad de los ingleses y las doctrinas de aquella revolución que destruyó a la monarquía francesa con sus propias armas; y ambos contradecían, con medios opuestos, la teoría que establece que las naciones no tienen derechos colectivos. En la actualidad, la teoría de la nacionalidad no sólo es el auxiliar más poderoso de la revolución sino su verdadera esencia en los movimientos revolucionarios de los últimos tres años. Ésta es, sin embargo, una alianza reciente, desconocida para la primera Revolución Francesa. La moderna teoría de la nacionalidad surgió en parte como una consecuencia

¹ "Observations on the Conduct of the Minority", Works, V, 112.

legítima, en parte como una reacción contra ella. Así como el sistema que pasó por alto la división nacional fue combatido por el liberalismo en dos formas, la francesa y la inglesa, también el sistema que hace hincapié en ellas proviene de dos fuentes distintas y exhibe el carácter ya sea de 1688 o de 1789. Cuando el pueblo francés abolió las autoridades bajo cuyas órdenes vivía y se convirtió en dueño de su propio destino, Francia corrió el riesgo de disolverse, ya que la voluntad común es difícil de determinar y no es fácil llegar a un acuerdo sobre ella. En el debate sobre la sentencia del rey Vergniaud expresó: "Las leyes son obligatorias sólo si representan la presunta voluntad del pueblo, que conserva el derecho de aprobarlas o condenarlas. Pero en el momento en que el pueblo manifiesta su deseo, la función de la representación nacional, la ley, debe desaparecer". Esta doctrina redujo a la sociedad a sus elementos naturales y amenazó con dividir el país en tantas repúblicas como comunas existían. El verdadero republicanismo es el principio de autogobierno en el todo y en todas las partes. En un país extenso la forma republicana de gobierno sólo puede prevalecer por la unión de varias comunidades independientes en una única confederación, como en los casos de Grecia, Suiza, los Países Bajos y Estados Unidos de Norteamérica, de modo que una gran república que no se funda en el principio federal debe dar como resultado un gobierno de una sola ciudad como Roma y París y, en menor grado, Atenas, Berna y Amsterdam; o, en otras palabras, una gran democracia debe sacrificar el principio de autogobierno en beneficio de la unidad o preservarlo por medio del federalismo.

La Francia histórica cayó junto con el estado francés, que era una obra de siglos. La antigua soberanía estaba destruida. Las autoridades locales eran contempladas con aversión y alarma. La nueva autoridad central necesitaba establecerse sobre la base de un nuevo principio de unidad. El estado natural, que era el ideal de la sociedad, se convirtió en la base de la nación; la descendencia pasó a ocupar el lugar de la tradición y el pueblo francés fue considerado como un producto físico: una unidad etnológica, no histórica. Se suponía que existía una unidad separada de la representación y del gobierno, totalmente independiente del pasado y capaz de expresar en cualquier momento su voluntad o de cambiar de parecer. Según las palabras de Sieyès, ésa ya no era Francia, sino algún país desconocido al cual se había trasladado la nación. El poder central tenía autoridad, en la medida en que obedecía al conjunto y no se permitía disentir respecto del sentimiento universal. Este poder, dotado de volición, estaba personificado en la República Una e Indivisible. Este título significaba que una parte no podía hablar o actuar en nombre del todo: existía un poder supremo por encima del estado, distinto de él e independiente de sus miembros; y este poder expresaba, por primera vez en la historia, la noción de una nacionalidad abstracta. De este modo, la idea de la soberanía del pueblo, no controlada por el pasado, dio origen a la idea de una nacionalidad independiente de la influencia política de la historia, y que provino del rechazo a dos autoridades: la del estado y la del pasado. El reino de Francia era, tanto geográfica como políticamente, el producto de una larga serie de acontecimientos, y las mismas influencias que fortalecieron el estado formaron el territorio. La revolución repudió por igual los medios a los que Francia debía sus fronteras y aquellos a los que debía su gobierno. Se destruyeron cuidadosamente todas las reliquias y huellas de la historia nacional: el sistema de administración, las divisiones físicas del país, las clases sociales, las corporaciones, las pesas y medidas, el calendario. Francia ya no estaba sujeta a los límites que había recibido por la condenadora influencia de su historia. Sólo podía reconocer aquellos establecidos por la naturaleza. La definición de la nación fue tomada del mundo material y con el fin de evitar alguna pérdida de territorio, se convirtió no sólo en una abstracción sino también en una ficción.

Había un principio de nacionalidad en el carácter etnológico del movimiento, el cual dio origen a la observación común de que la revolución es más frecuente en los países católicos que en los protestantes. En realidad, se da con más frecuencia en el mundo latino que en el teutónico porque depende en parte de un impulso nacional que sólo despierta cuando se desea eliminar un elemento extraño, el vestigio de un dominio extranjero. Europa occidental sufrió dos conquistas, la de los romanos y la de los germanos, y en dos oportunidades recibió las leyes de los invasores. En cada una de esas circunstancias se sublevó contra la raza victoriosa, y si bien las dos grandes reacciones difieren de acuerdo con los diferentes caracteres de las dos conquistas, tienen en común el fenómeno del imperialismo. La república romana se esforzó por aplastar a las naciones subyugadas con el propósito de convertirlas en una masa dócil y homogénea; sin embargo, durante el proceso aumentó el poder de la autoridad proconsular, lo cual subvirtió al gobierno republicano, y la reacción de las provincias contra Roma contribuyó a establecer el imperio. El sistema cesariano otorgó una libertad sin precedentes a las colonias y una libertad civil que puso fin al dominio de una raza sobre otra y de una

clase sobre otra. La monarquía fue aclamada como un refugio contra la arrogancia y la codicia del pueblo romano; y el amor a la igualdad, el odio a la nobleza y la tolerancia al despotismo implantado por Roma llegaron a ser, al menos en la Galia, los principales rasgos del carácter nacional. Pero entre las naciones cuya vitalidad fue destruida por la rígida república romana, ninguna conservó los materiales necesarios para gozar de la independencia o para desarrollar una nueva historia. La facultad política que organiza los estados y garantiza a la sociedad la vigencia de un orden moral estaba agotada y los doctores cristianos buscaban en vano, en medio de las ruinas, a un pueblo que ayudara a la Iglesia a sobrevivir a la decadencia de Roma. Un nuevo elemento de la vida nacional fue aportado a ese mundo en decadencia por los mismos enemigos que lo habían destruido. La oleada de los bárbaros se estableció allí durante una temporada, y luego comenzó a desaparecer, y cuando los hitos de la civilización reaparecieron una vez más, se comprobó que el suelo había quedado impregnado por una savia fertilizante y regeneradora y que la inundación había depositado los gérmenes de futuros estados y de una nueva sociedad. Esa nueva sangre trajo consigo energía y sentido político, los cuales se pusieron de manifiesto en el poder ejercido por la raza más joven sobre la vieja y en el establecimiento de una libertad gradual. En lugar de los derechos equitativos universales, cuyo verdadero goce depende necesariamente del poder y es proporcional a éste, los derechos del pueblo estaban sujetos a una serie de condiciones, la primera de las cuales era la distribución de la propiedad. La sociedad civil se convirtió en un organismo clasificado en vez de una combinación informe de átomos, y gradualmente surgió el sistema feudal.

La Galia romana había adoptado tan cabalmente las ideas de autoridad absoluta y de igualdad sin diferencias durante los cinco siglos que separan a César de Clodoveo, que el pueblo nunca pudo reconciliarse con el nuevo sistema. El feudalismo siguió siendo una importación extranjera, la aristocracia feudal una raza extraña y la gente común de Francia buscó protección contra ambos en la jurisprudencia romana y en el poder de la corona. El desarrollo de la monarquía absoluta con ayuda de la democracia es una característica constante de la historia francesa. El poder real, feudal al principio y limitado por las inmunidades y los grandes vasallos, se fue haciendo más popular a medida que se tornaba más absoluto; mientras que la supresión de la aristocracia y la eliminación de las autoridades intermedias eran objetivos tan prioritarios para la nación que se cumplieron con más energía después de la caída del trono. La monarquía, que desde el siglo XIII había estado empeñada en poner freno a los nobles, fue desplazada por la democracia, porque su accionar era demasiado dilatorio y era incapaz de negar su propio origen y destruir de hecho a la clase de la cual provenía. Todos estos elementos que constituyen el carácter peculiar de la Revolución Francesa -la demanda de igualdad, el odio a la nobleza y al feudalismo y a la Iglesia que estaba vinculada con ellos, la constante referencia a los ejemplos paganos, la supresión de la monarquía, el nuevo código de leyes, la ruptura con la tradición y la sustitución por un sistema ideal de todo aquello resultante de la mezcla y la acción mutua de las razas- demuestran la naturaleza común de una reacción contra los efectos de la invasión de los franceses. El odio a la realeza era menor que el odio a la aristocracia; se detestaba más a los privilegios que a la tiranía, y el rey murió debido al origen de su autoridad y no a causa de sus abusos. La monarquía desvinculada de la aristocracia llegó a ser popular en Francia, incluso cuando estaba menos controlada, mientras que la tentativa de reconstruir el trono y de limitarlo y cercarlo con sus pares se desmoronó, porque los antiguos elementos teutónicos con los que éste contaba (la nobleza hereditaria, la primogenitura y el privilegio) ya no eran tolerados. La esencia de las ideas de 1789 no es la limitación del poder soberano, sino la abrogación de los poderes intermedios. Estos poderes, y las clases que disfrutaban de ellos, tienen en la Europa latina un origen bárbaro y el movimiento autodenominado liberal es esencialmente nacional. Si la libertad fuera su objetivo el medio para alcanzarlo sería la institución de grandes autoridades independientes no derivadas del estado, y su modelo sería Inglaterra. Pero su objetivo es la igualdad y busca, como Francia en 1789, eliminar los elementos de desigualdad introducidos por la raza teutónica. Éste es el objetivo que Italia y España compartían con Francia, e incluso constituye la base de la alianza natural de las naciones latinas.

Este elemento nacional del movimiento no fue comprendido por los líderes revolucionarios. Al principio, la doctrina que sustentaban parecía oponerse por entero a la idea de nacionalidad. Sostenían que ciertos principios generales de gobierno eran absolutamente válidos en todos los estados y afirmaban en teoría la ilimitada libertad del individuo y la supremacía de la voluntad por encima de toda necesidad u obligación externa. Esto contradice aparentemente a la teoría nacional en el sentido de que ciertas fuerzas naturales, mediante las cuales una suerte de destino ocupa el lugar de la libertad,

deberían determinar el carácter, la forma y la política del estado. Por lo tanto, el sentimiento nacional no se desarrolló directamente a partir de la revolución en la que estaba inmerso, sino que se puso de manifiesto en primer lugar en la resistencia a ésta, cuando la tentativa de emancipación fue absorbida por el deseo de sojuzgamiento y el imperio sucedió a la república. Napoleón creó un nuevo poder atacando a la nacionalidad en Rusia, liberándola en Italia y gobernando a despecho de ella en Alemania y España. Los soberanos de estos países fueron derrocados o depuestos y se instauró un sistema de gobierno que era francés en su origen, en su espíritu y en sus instrumentos. El pueblo resistió el cambio. El movimiento de oposición a éste fue popular y espontáneo -porque los líderes faltaban o eran débiles e impotentes- y tuvo un carácter nacional, porque se dirigió contra las instituciones extranjeras. En el Tirol, en España y después en Prusia, el pueblo no recibió el impulso del gobierno, sino que se encargó espontáneamente de acabar con los ejércitos y con las ideas de la Francia revolucionaria. Los hombres tomaron conciencia del elemento nacional de la revolución por sus conquistas, no por su desarrollo. Las tres cosas que el Imperio oprimió más abiertamente -la religión, la independencia nacional y la libertad política- se unieron en una alianza de corta duración para alentar el gran levantamiento que condujo a la caída de Napoleón. Bajo la influencia de esa memorable alianza, apareció en el Continente un espíritu político que defendió tenazmente la libertad, repudió la revolución y trató de restaurar y reformar las instituciones nacionales abatidas. Los hombres que proclamaban estas ideas, Stein y Görres, Humboldt, Müller y de Maistre,² eran tan hostiles al bonapartismo como al absolutismo de los viejos gobiernos y hacían hincapié en la defensa de los derechos nacionales que habían sido violados igualmente por ambos sistemas y que ellos esperaban restaurar destruyendo la supremacía francesa. Los amigos de la revolución no simpatizaban con la causa que triunfó en Waterloo, pues habían aprendido a identificar sus doctrinas con la causa de Francia. Los Whigs de la Casa de Holanda, en Inglaterra, los afrancesados en España, los partidarios de Murat en Italia y los partidarios de la Confederación del Rhin, que habían amalgamado el patriotismo con sus devociones revolucionarias, lamentaron la caída del poder francés y observaron alarmados a las nuevas y desconocidas fuerzas que la guerra de liberación había desencadenado y que eran tan amenazadoras para el liberalismo francés como para la supremacía francesa.

Sin embargo, las nuevas aspiraciones de defender los derechos nacionales y populares fueron aplastadas en la Restauración. Los liberales de la época se preocupaban por la libertad, no en términos de la independencia nacional, sino de las instituciones francesas, y se unían a los gobernantes ambiciosos en contra de las naciones. Estaban tan dispuestos a sacrificar la nacionalidad por sus ideales como la Santa Alianza estaba dispuesta a sacrificar la nacionalidad por los intereses del absolutismo. De hecho, Talleyrand declaró en Viena que la cuestión polaca debía tener prioridad sobre todos los demás problemas, porque el reparto de Polonia era una de las primeras y más importantes causas de los males que había padecido Europa, pero los intereses dinásticos prevalecieron. Todos los soberanos representados en Viena recuperaron sus dominios, excepto el rey de Sajonia, castigado por su fidelidad a Napoleón; pero los estados que no se hallaban representados en las familias reinantes (Polonia, Venecia y Génova) no fueron restaurados e incluso el mismo Papa tuvo grandes dificultades para rescatar a las legaciones de las garras de Austria. La nacionalidad, ignorada por el antiguo régimen y ultrajada por la revolución y el imperio, recibió, después de su primera demostración abierta, el golpe más duro en el Congreso de Viena. El principio generado por el primer reparto, al cual la revolución le había dado su base teórica, y había sido censurado por el imperio como un esfuerzo convulsivo momentáneo, maduró a raíz del prolongado error de la restauración convirtiéndose en una doctrina coherente, alimentada y justificada por la situación imperante en Europa.

² Los Ensayos sobre el estado del conde de Maistre contienen algunas ideas interesantes sobre la nacionalidad: "En premier lieu les nations sont quelque chose dans le monde, il n'est pas permis de les compter pour rien, de les affliger dans leurs convenances, dans leurs affections, dans leurs intérêts les plus chers [...] Or le traité du 30 mai anéantit complètement la Savoie: il divise l'indivisible; il partage en trois portions une malheureuse nation de 400.000 hommes, une par la langue, une par la religion, une par le caractère, une par l'habitude invétérée, une enfin par les limites naturelles. [...] L'union des nations ne souffre pas de difficultés sur la carte géographique; mais dans la réalité, c'est autre chose; il y a des nations *inmiscibles*. [...] Je lui parlar par occasion de l'esprit italien qui s'agit dans ce moment; il (count Nesselrode) me répondit: 'Oui, Monsieur; mais cet esprit est un grand mal, car il peut gêner les arrangements de l'Italie' " (*Correspondance Diplomatique de J. de Maistre*, ii, 7, 8, 21, 25). En el mismo año, 1815, Görres escribió: "In Italien wie allerwärts ist das Volk gewecht; es will etwas grossartiges, es will Ideen haben, die, wenn es sie auch nicht ganz begreift, doch einen freien unendlichen Gesichtskreis seiner Einbildung eröffnen. [...] Es ist reiner Naturtrieb, dass ein Volk, also scharf und deutlich in seine natürlichen Gränzen eingeschlossen, aus der Zerstreuung in die Einheit sich zu sammeln sucht" (*Werke*, ii, 20).

Los gobiernos de la Santa Alianza se dedicaron a suprimir con igual celo el espíritu revolucionario que los amenazaba y el espíritu nacional que había permitido su restauración. Austria, que no debía nada al movimiento nacional y había impedido su renacimiento después de 1809, naturalmente fue la primera en reprimirlo. Cada perturbación de los acuerdos finales de 1815, cada anhelo de cambios o reformas fue condenado como sedición. Este sistema reprimió las buenas tendencias de la época junto con las malas; y la resistencia que provocó, durante la generación transcurrida a partir de la restauración hasta la caída de Metternich, y nuevamente bajo la reacción que empezó con Schwarzenberg y terminó con los gobiernos de Bach y Manteuffel, tuvo su origen en diversas combinaciones de formas opuestas del liberalismo. En las sucesivas fases de esa lucha, la idea de que las reivindicaciones nacionales están por encima de todos los demás derechos alcanzó gradualmente el nivel de supremacía que ahora tiene entre las fuerzas revolucionarias.

El primer movimiento liberal, el de los carbonarios, que apareció en el sur de Europa, no tenía un carácter nacional específico, pero fue apoyado por los bonapartistas tanto en España como en Italia. En los años siguientes, las ideas opuestas de 1813 pasaron al frente, y un movimiento revolucionario, en muchos sentidos hostil a los principios de la revolución, hizo su aparición en defensa de la libertad, la religión y la nacionalidad. Todas estas causas se unificaron en la agitación irlandesa, y en las revoluciones de Grecia, Bélgica y Polonia. Los sentimientos que habían sido ultrajados por Napoleón y habían animado las sublevaciones contra él, surgieron contra los gobiernos de la Restauración. Habían sido oprimidos por la espada y luego por los tratados. El principio nacional agregó fuerza pero no justicia a este movimiento, que en todos los casos, excepto en el de Polonia, fue coronado por el éxito. Siguió a continuación un período en que se degeneró en una idea puramente nacional cuando la agitación en favor de la derogación sucedió a la emancipación, y bajo los auspicios de la Iglesia Oriental surgieron el paneslavismo y el panhelenismo. Ésta fue la tercera fase de la resistencia al acuerdo de Viena, un acuerdo débil porque no satisfacía las aspiraciones nacionales o constitucionales, cualquiera de las cuales habría sido una salvaguardia contra la otra por una justificación moral, si no popular. Al principio, en 1813, el pueblo se levantó contra sus conquistadores en defensa de sus legítimos gobernantes. Se negaba a ser gobernado por usurpadores. En el período entre 1825 y 1831 resolvió que no soportaría el desgobierno de extranjeros. La administración francesa solía ser mejor que la que había sido desplazada, pero muchos denunciaban la autoridad ejercida por los franceses y al principio la lucha nacional fue la lucha por la legitimidad. En el segundo período faltó este elemento. Ni los griegos, ni los belgas, ni los polacos fueron gobernados por príncipes derrocados. Los turcos, los holandeses y los rusos eran atacados, no como usurpadores sino como opresores, porque gobernaban mal, no porque eran de una raza diferente. Comenzó entonces una época en que se afirmaba, simplemente, que las naciones no serían gobernadas por extranjeros. El poder legítimamente obtenido y ejercido con moderación fue declarado inválido. Los derechos nacionales, como la religión, habían sustentado las combinaciones previas y habían sido auxiliares en las luchas por la libertad, pero ahora la nacionalidad había pasado a ser una reivindicación principalísima que debía hacer valer sus derechos por sí sola, y podía invocar como pretextos los derechos de los gobernantes, las libertades del pueblo y la protección de la religión pero, en caso de que no pudiera consolidarse tal unión, habría de prevalecer a expensas de cualquier otra causa en nombre de la cual las naciones hacen sacrificios.

Metternich es, después de Napoleón, el principal promotor de esta teoría, ya que el carácter antinacional de la Restauración se puso claramente de manifiesto en Austria, y en el curso de la oposición al gobierno austriaco la nacionalidad se desarrolló hasta convertirse en un sistema, Napoleón, quien confiado en sus ejércitos menospreció a las fuerzas morales de la política, fue derrocado por el surgimiento de éstas. Austria cometió el mismo error cuando gobernaba a las provincias italianas. El reino de Italia había unido a toda la región septentrional de la Península en un solo estado, y los sentimientos nacionales, reprimidos por los franceses en otras partes, fueron alentados como una salvaguardia de su poder en Italia y Polonia. Cuando la marca de la victoria se revirtió, Austria invocó contra los franceses la ayuda del nuevo sentimiento que éstos habían fomentado. Nugent anunció, en su proclama a los italianos, que debían convertirse en una nación independiente. El mismo espíritu sirvió a diferentes amos y contribuyó primero a la destrucción de los antiguos estados, luego a la expulsión de los franceses y otra vez, bajo el reinado de Carlos Alberto, a una nueva revolución. Se apeló a ese espíritu nacional en nombre de los principios de gobierno más contradictorios, y sirvió sucesivamente a todos los partidos porque era el único capaz de unirlos a todos. Si bien empezó como una protesta contra la dominación de una raza sobre otra (su forma más moderada y menos desarrollada), se

convirtió en una condena contra cada estado que incluyera diferentes razas y pasó a ser, finalmente, una teoría completa y coherente, según la cual el estado y la nación debían ser coextensivos. S. Mill expresa: "Una condición necesaria de las instituciones libres es que las fronteras de los gobiernos coincidan por lo general con las de las nacionalidades".³

El progreso histórico de esta idea a partir de una aspiración indefinida hasta llegar a ser el fundamento de un sistema político puede rastrearse observando la vida del hombre que le dio el elemento en el cual reside su fuerza: José Mazzini. Mazzini consideró que el carbonarismo era impotente para luchar contra las medidas de los gobiernos y resolvió dar nueva vida al movimiento liberal transfiriéndolo al terreno de la nacionalidad. El exilio es la cuna de la nacionalidad, así como la opresión es la escuela del liberalismo, y Mazzini concibió la idea de la Joven Italia cuando estaba refugiado en Marsella. Del mismo modo, los exiliados polacos son los paladines de todo movimiento nacional porque consideran que todos los derechos políticos están involucrados en la idea de independencia, que, pese a las diferencias entre ellos, es la única aspiración que tienen en común. Hacia el año 1830, la literatura contribuyó también a la idea nacional. Mazzini expresó: "Era la época del gran conflicto entre la escuela romántica y la escuela clásica, que podríamos calificar igualmente como el conflicto entre los partidarios de la libertad y los de la autoridad". La escuela romántica era infiel en Italia y católica en Alemania, pero en ambos países tenía en común el aliento a la historia y la literatura nacionales, y Dante era una autoridad tan importante para los demócratas italianos como para los líderes del renacimiento medieval en Viena, Munich y Berlín. Pero ni la influencia de los exiliados, ni la de los poetas y críticos del nuevo partido se extendió a las masas. Era una secta carente de estímulo o simpatía popular, una conspiración fundada no en una injusticia, sino en una doctrina, y cuando se intentó un levantamiento en Saboya, en 1834, bajo una bandera con el lema "Unidad, Independencia, Dios y Humanidad", el pueblo, perplejo ante ese objetivo, se mostró indiferente ante su fracaso. Pero Mazzini continuó su labor propagandística, transformó su *Giovine Italia* en una *Giovine Europa* y en 1847 estableció una alianza internacional de las naciones. Mazzini expresó en su discurso inaugural: "El pueblo está identificado con una sola idea, la de la unidad y la nacionalidad [...]. No hay ninguna cuestión internacional respecto de las formas de gobierno, sino sólo una cuestión nacional".

La revolución de 1848, infructuosa en su propósito nacional, preparó las victorias siguientes de la nacionalidad en dos sentidos. El primero fue la restauración del poder austriaco en Italia, con una nueva y más vigorosa centralización, que no ofrecía ninguna promesa de libertad. Mientras prevaleció ese sistema, el derecho estaba del lado de las aspiraciones nacionales, vivificadas en forma más completa y cultivada por Manin. La política del gobierno austriaco, que durante los diez años de la reacción fue incapaz de convertir la posesión por fuerza en posesión por derecho y establecer el requisito de fidelidad a las instituciones libres, dio estímulo negativo a la teoría. Privó a Francisco José de todo apoyo activo en 1859, porque su conducción era más equivocada y desacertada que las doctrinas de sus enemigos. La verdadera causa del vigor que adquirió la teoría nacional es, sin embargo, el triunfo del principio democrático en Francia y su reconocimiento por parte de las potencias europeas. La teoría de la nacionalidad está implícita en la teoría democrática de la soberanía de la voluntad general: "Resulta difícil saber lo que cualquier sector de la raza humana sería libre de hacer, como no sea determinar con cuál de los diversos cuerpos colectivos de los seres humanos opta por asociarse".⁴ Una nación se constituye precisamente por este acto. Para tener una voluntad colectiva es necesaria la unidad, y la independencia es el requisito indispensable para asegurarla. La unidad y la nacionalidad son aun más esenciales para la idea de la soberanía del pueblo que la destitución de los monarcas o la derogación de las leyes. La felicidad del pueblo o la popularidad del rey pueden evitar actos arbitrarios de esta clase, pero una nación inspirada por la idea democrática no puede permitir que una parte de sí misma pertenezca a un estado extranjero, o que el todo se divida en varios estados autóctonos. Por lo tanto, la teoría de la nacionalidad emana de los dos principios que dividen al mundo político: de la legitimidad, que ignora sus reivindicaciones, y de la revolución, que las asume; por la misma razón es la principal arma de ésta contra aquélla.

³ *Considerations on Representative Government*, p. 298.

⁴ MW, *Considerations*, p. 296.

Al buscar con afán el desarrollo exterior y visible de la teoría nacional estamos preparados para examinar su carácter y valor políticos. El absolutismo que la ha creado niega igualmente tanto el derecho absoluto a la unidad nacional, que es un producto de la democracia, como la reivindicación de la libertad nacional inherente a la teoría de la libertad. Estos dos puntos de vista sobre la nacionalidad, que corresponden a los sistemas francés e inglés, se relacionan sólo de nombre, y en realidad constituyen extremos opuestos del pensamiento político. En un caso, la nacionalidad se basa en la perpetua supremacía de la voluntad colectiva, la cual exige como condición necesaria la unidad de la nación, y la postergación de cualquier otra influencia; y contra ella ninguna obligación goza de autoridad y toda resistencia es tiránica. La nación es aquí una unidad ideal fundada en la raza, a despecho de la acción modificadora de las causas externas, de la tradición y de los derechos existentes. Rige los derechos y deseos de los habitantes, absorbiendo sus intereses divergentes en una unidad ficticia; sacrifica sus diversos deberes y obligaciones por la reivindicación superior de la nacionalidad, y opriime todos los derechos naturales y todas las libertades establecidas con el fin de reivindicarse a sí misma.⁵ Siempre que un solo objetivo definido se erige como el fin supremo del estado, sea que se trate del privilegio de una clase, de la seguridad o el poder del país, de la mayor felicidad para el mayor número de personas, o del apoyo de cualquier idea especulativa el estado se convierte inevitablemente en absoluto. La libertad sólo exige para su realización la limitación de la autoridad pública, porque la libertad es el único objetivo que beneficia a todos por igual y no provoca ninguna franca oposición. Al apoyar las demandas de unidad nacional se contribuye a derribar gobiernos cuyos títulos no tienen fallas y cuya política es beneficiosa y equitativa y los súbditos se ven obligados a transferir su lealtad a una autoridad por la que no sienten apego alguno y que puede ser prácticamente un gobierno extranjero.

Junto a esta teoría de la unidad con la que sólo tiene en común la hostilidad contra el estado absoluto, podemos mencionar la teoría que representa a la nacionalidad como un elemento esencial, pero no supremo, para la determinación de las formas del estado. Se diferencia de la otra porque tiende a la diversidad y no a la uniformidad, a la armonía y no a la unidad, porque no apunta a un cambio arbitrario, sino al cuidadoso respeto por las condiciones existentes de la vida política, y porque obedece a las leyes y resultados de la historia, no a las aspiraciones de un ideal futuro. Mientras que la teoría de la unidad convierte a la nación en fuente de despotismo y revolución, la teoría de la libertad la considera como el baluarte del autogobierno, y el principal límite para los excesivos poderes del estado. Los derechos privados, que son sacrificados en aras de la unidad, se preservan mediante la unión de las naciones. Ningún poder puede resistir tan eficazmente las tendencias de la centralización, la corrupción y el absolutismo como esa comunidad que es la más grande que puede ser incluida en un estado, que impone a sus miembros una armoniosa similitud de carácter, intereses y opiniones, e impide la acción del soberano a través de la influencia de un patriotismo dividido. La presencia de diferentes naciones bajo el mismo estado soberano es similar en sus efectos a la independencia de la Iglesia dentro del estado. Previene contra la sumisión que florece a la sombra de una sola autoridad, equilibrando los intereses, multiplicando las asociaciones y dando al individuo el freno y el apoyo de una opinión plural. Del mismo modo, fomenta la independencia al formar grupos definidos de opinión pública y al proveer una gran fuente y un centro de sentimientos políticos y nociones de deber que no provienen de la voluntad del soberano. La libertad promueve la diversidad, y la diversidad preserva la libertad proveyendo los medios de organización. Todas aquellas partes de las leyes que rigen las relaciones mutuas entre los hombres y regulan la vida social son el resultado de los hábitos nacionales y de la creación de la propiedad privada. En estos aspectos, por lo tanto, las diversas naciones diferirán entre sí porque ellas mismas las han producido y no se las deben al estado que las rige a todas. Esta diversidad dentro del mismo estado es una firme barrera contra la intrusión del gobierno más allá de la esfera política que es común a todos en el sector social que escapa a la legislación y es regido por leyes espontáneas. Esta suerte de interferencia es característica de un gobierno absoluto, y suscitará sin duda una reacción y finalmente un remedio. Esta intolerancia hacia la libertad social que es típica del absolutismo encontrará indudablemente en las diversidades nacionales un correctivo que ninguna otra fuerza podría proporcionar con tanta eficacia. La coexistencia de varias naciones bajo un mismo estado es un test, así como la mejor garantía de su libertad. Es también uno de los principales instrumentos de

⁵ "Le sentiment, d'indépendance nationale est encore plus profondément gravé dans le cœur des peuples que l'amour d'une liberté constitutionnelle. Les nations les plus soumises au despotisme éprouvent ce sentiment avec autant de vivacité que les nations libres; les peuples les plus barbares le sentent même encore plus vivement que les nations polieées" (*L'Italie au Dixneuvième Siècle*, p. 148, París, 1821).

la civilización; y como tal, responde al orden natural y providencial e indica un progreso mayor que la unidad nacional, que es el ideal del liberalismo moderno.

La combinación de diferentes naciones en un solo estado es una condición tan necesaria de la vida civilizada como la unión de los hombres en la sociedad. Las razas inferiores mejoran viviendo en unión política con razas intelectualmente superiores. Las naciones agotadas y en decadencia reviven al estar en contacto con otras más jóvenes y más vitales. Aquellas que han perdido los elementos de organización y la capacidad de gobernar, sea a través de la influencia desmoralizadora del despotismo o de la acción desintegradora de la democracia, logran recuperarse y educarse nuevamente bajo la disciplina de una raza más fuerte y menos corrupta. Este proceso fecundo y regenerador sólo es posible cuando se vive bajo un solo gobierno. Es en el crisol del estado donde tiene lugar la fusión a través de la cual el vigor, el conocimiento y la capacidad de una parte de la humanidad pueden comunicarse a otra. Cuando las fronteras políticas y nacionales coinciden, la sociedad deja de avanzar, y las naciones caen en un estado similar al de los hombres que renuncian a comunicarse con sus semejantes. La diferencia entre ambas une a la humanidad, no sólo por los beneficios que confiere a quienes viven juntos sino porque vincula a la sociedad con lazos políticos o nacionales, despierta en cada pueblo el interés por sus vecinos, ya sea porque conviven bajo el mismo gobierno o porque pertenecen a la misma raza, y promueve de ese modo los intereses de la humanidad, de la civilización y de la religión.

El cristianismo se complace en la mezcla de razas, así como el paganismo se identifica con sus diferencias, porque la verdad es universal y los errores diversos y particulares. En el mundo antiguo la idolatría y la nacionalidad iban juntas, y el mismo término se aplica a ambas en la Biblia. Era misión de la Iglesia superar las diferencias nacionales. El período de su indiscutida supremacía fue aquel en que toda Europa occidental obedecía a las mismas leyes y toda la literatura estaba contenida en una sola lengua, mientras que una sola potestad personificaba la unidad política de la cristiandad y una sola universidad representaba su unidad intelectual. Así como los antiguos romanos coronaban sus conquistas haciendo desaparecer a los dioses de los pueblos conquistados, Carlomagno sólo pudo vencer la resistencia nacional de los sajones mediante la violenta destrucción de sus ritos paganos. Del período medieval y de la acción combinada de la raza germánica y la Iglesia, surgió un nuevo sistema de naciones y un nuevo concepto de nacionalidad. La naturaleza fue superada en la nación, así como en el individuo. En tiempos de bárbaros y paganos, las naciones se diferenciaban ampliamente, no sólo por la religión sino por las costumbres, la lengua y el carácter. Bajo la nueva ley tenían muchas cosas en común; las viejas barreras que las separaban habían sido eliminadas y el nuevo principio de autogobierno, impuesto por el cristianismo, les permitió convivir bajo la misma autoridad, sin tener que perder necesariamente sus hábitos, sus costumbres y sus leyes. El nuevo concepto de libertad daba cabida a diferentes razas en un solo estado. Una nación ya no era lo que había sido en el mundo antiguo: la progenie de un antepasado común o el producto aborigen de una región particular, es decir, el resultado de causas meramente físicas y materiales, sino una entidad política y moral; no era la creación de una unidad geográfica o fisiológica sino que se había desarrollado en el curso de la historia por la acción del estado. Deriva del estado, no es superior a él. Un estado puede con el transcurso del tiempo producir una nacionalidad, pero el hecho de que una nacionalidad deba constituir un estado se opone a la naturaleza de la civilización moderna. Los derechos y el poder de una nación provienen de la memoria de una independencia anterior.

La Iglesia ha estado de acuerdo en este aspecto con la tendencia del progreso político y se opuso siempre que pudo al aislamiento de las naciones, advirtiéndoles de sus deberes mutuos y considerando la conquista y la investidura feudal como los medios naturales del elevamiento de naciones bárbaras o arruinadas a un nivel superior. Pero a pesar de que nunca ha atribuido a la independencia nacional inmunidad con respecto a las consecuencias accidentales del derecho feudal, de los reclamos hereditarios o de los acuerdos testamentarios, defiende la libertad nacional contra la uniformidad y la centralización con una energía inspirada por una perfecta comunidad de intereses, ya que el mismo enemigo amenaza a ambas. Y el estado, que es reacio a tolerar diferencias y a hacer justicia al carácter peculiar de varias razas, debe interferir a partir de la misma causa en el gobierno interno de la religión. La conexión entre la libertad religiosa y la emancipación de Polonia o Irlanda no es simplemente el resultado fortuito de causas locales; y el fracaso del Concordato para unificar a los súbditos de Austria es la consecuencia natural de una política que no deseó proteger a las provincias en su diversidad y autonomía y buscó sobornar a la Iglesia por medio de favores en vez de fortalecerla por medio de la

independencia. A partir de esta influencia de la religión en la historia moderna se ha originado una nueva definición de patriotismo.

La diferencia entre la nacionalidad y el estado se manifiesta en la naturaleza del apego patriótico. Nuestra conexión con la raza es meramente natural o física, mientras que nuestros deberes para con la nación política son éticos. La primera es una comunidad de afectos e instintos infinitamente importantes y poderosos en la vida incivilizada, pero que pertenece más al animal que al hombre civilizado; la segunda es una autoridad que gobierna por medio de leyes, imponiendo obligaciones, y otorga sanción moral y carácter a las relaciones naturales de la sociedad. El patriotismo es en la vida política lo que la fe es en la religión, y se mantiene junto a los sentimientos domésticos y la añoranza como la fe junto al fanatismo y la superstición. Posee un aspecto derivado de la vida y la naturaleza privadas, ya que es una extensión de los afectos familiares, como la tribu es una prolongación de la familia. Pero en su esencia política real el patriotismo consiste en el desarrollo del instinto de conservación, en un derecho moral que puede incluir el autosacrificio. La autoconservación es tanto un instinto como un deber, natural e involuntario en un aspecto y al mismo tiempo una obligación moral. Por medio del primero da origen a la familia; por medio del último, al estado. Si la nación pudiera existir sin el estado, sujeta sólo al instinto de autoconservación, sería incapaz de negarse, controlarse o sacrificarse a sí misma; sería un fin y una norma para sí misma. Pero en el orden político se ejecutan objetivos morales y se persiguen fines públicos por los cuales deben sacrificarse los intereses privados y aun la propia existencia. La característica principal del verdadero patriotismo, la transformación del egoísmo en sacrificio, es el producto de la vida política. Aquel sentido de deber que es suministrado por la raza no está completamente desligado de su base egoísta e instintiva; y el amor al país, como el amor conyugal, se apoya al mismo tiempo en un fundamento moral y uno material. El patriota debe distinguir entre las dos causas u objetos de su devoción. El apego brindado sólo al país es como la obediencia brindada sólo al estado; una sumisión a las influencias físicas. El hombre que prefiere su país a cualquier otro deber demuestra el mismo espíritu que el hombre que cede todos sus derechos al estado. Ambos niegan que el derecho es superior a la autoridad.

Existe un país moral y político, según el lenguaje de Burke, diferente del país geográfico, que posiblemente pueda estar en conflicto con él. Los franceses que se levantaron contra la Convención fueron tan patriotas como los ingleses que se rebelaron contra el rey Carlos, pues reconocieron un deber mucho más importante que el de la obediencia al soberano. Burke expresó: "Al tratar con Francia, o al considerar cualquier plan relacionado con ella, es imposible hacerlo refiriéndonos al país geográfico, sino que siempre debemos referirnos al país moral y político [...]. La verdad es que Francia está fuera de sí misma: la Francia moral está separada de la Francia geográfica. El dueño de casa fue expulsado y los ladrones son los nuevos poseedores. Si buscamos a las personas corporativas de Francia, que existen como tales a los ojos e intenciones del derecho público (al decir personas corporativas me refiero a aquellas que son libres para meditar y resolver y que tienen capacidad para tratar, y decidir), las encontramos en Flandes y Alemania, en Suiza, España, Italia e Inglaterra. Allí están todos los principes de la sangre, allí están todos los órdenes del estado, allí están todos los parlamentos del reino [...]. Estoy seguro de que si se sacara de este país a la mitad de ese número, encuadradas en la misma descripción, difícilmente quedaría alguien que pudiera denominar pueblo de Inglaterra".⁶ Rousseau hace casi la misma distinción entre el país al que pertenecemos y aquel que para nosotros cumple las funciones políticas del estado. En la obra *Emile* tiene una oración de la cual no es fácil hacer una traducción para tratar de transmitir el sentido: "Qui n' a pas une patrie a du moins un pays". Y en su tratado sobre economía política escribe: "¿Cómo han de amar los hombres a su país si significa lo mismo para ellos que para los extraños, y les concede sólo aquello que no puede negarle a nadie?". En el mismo sentido expresa: "La patrie ne peut subsister sans la liberté".⁷

Entonces la nacionalidad formada por el estado es la única a la cual le debemos nuestros deberes políticos, y es, por lo tanto, la única que posee derechos políticos. Los suizos son etnológicamente franceses, italianos y alemanes; pero a ninguna de estas nacionalidades responden, excepto a la nacionalidad puramente política de Suiza. El estado toscano o el napolitano han formado una

⁶ Burke, "Remarks on the Policy of the AWes" (Works, V, 26, 29, 30).

⁷ *Oeuvres*, i, 593, 595, ii, 717. Bossuet, en un pasaje muy bello acerca del amor a la patria, no llega a la definición política del término: "La société humaine demande qu'on aime la terre où l'on habite ensemble, ou la regarde comme une mère et une nourrice commune. [...] Les hommes en effet se sentent liés par quelque chose de fort, lorsqu'ils songent, que la même terre qui les a portés et nourris étant vivants, les recevra dans son sein quand ils seront morts" (Politique tirée de l'Écriture Sainte", *Oeuvres*, X, 317).

nacionalidad, pero los ciudadanos de Florencia y de Nápoles no poseen una comunidad política mutua. Hay otros estados que no han logrado absorber razas distintas en una nacionalidad política ni han conseguido separar un distrito determinado de una nación. Citamos como ejemplo a Austria y México por un lado, Parma y Baden por el otro. El progreso de la civilización difícilmente tiene que ver con la última descripción de estados. Para mantener su integridad deben unirse por medio de confederaciones, o alianzas familiares, a potencias mayores, y en consecuencia perder algo de su independencia. Tienden a aislar a sus habitantes con el fin de estrechar el horizonte de sus puntos de vista y disminuir de alguna manera las proporciones de sus ideas. La opinión pública no puede mantener su libertad y su pureza en dimensiones tan pequeñas y las corrientes que provienen de comunidades más grandes cubren un territorio reducido. En una población pequeña y homogénea casi no hay cabida para una clasificación natural de la sociedad, o para grupos internos de intereses que establecen límites al poder soberano. El gobierno y los individuos luchan con armas prestadas. Los recursos del primero y las aspiraciones de estos últimos derivan de alguna fuente externa y la consecuencia es que el país se convierte en el instrumento y el escenario de disputas en las que no está interesado. Estos estados, como las más pequeñas comunidades de la Edad Media, sirven a un propósito, constituyendo divisiones y garantías de autogobierno en los estados más grandes; pero constituyen un obstáculo para el progreso de la sociedad, que depende de una mezcla de razas bajo los mismos gobiernos.

En México se ponen de manifiesto la vanidad y el riesgo de los reclamos nacionales que no se basan en la tradición política, sino solamente en la raza. Allí las razas se dividen por sangre, sin ser agrupadas en diferentes regiones. Por lo tanto, no es posible unirlas ni convertirlas en los elementos de un estado organizado. Son variables, informes y discontinuas y no pueden ser precipitadas o constituirse en base de instituciones políticas. Como no pueden ser utilizadas por el estado, no pueden ser reconocidas por él; y sus cualidades, capacidades, pasiones y apegos peculiares no son útiles, y en consecuencia no se las toma en cuenta. Son necesariamente ignoradas y, por lo tanto, perpetuamente ultrajadas. De este conflicto de razas con pretensiones políticas, pero sin posición política alguna, el mundo oriental escapó mediante la institución de castas. Cuando sólo hay dos razas existe el recurso de la esclavitud; pero cuando varias razas cohabitan en los distintos territorios de un imperio compuesto por varios estados pequeños, ésta es la más favorable de todas las posibilidades de establecer un sistema de libertad altamente desarrollado. En Austria existen dos circunstancias que empeoran el problema pero también aumentan su importancia. Las distintas nacionalidades se encuentran en grados muy desiguales de desarrollo, y no existe nacionalidad alguna cuya superioridad sea tal que aplaste o absorba a las otras. Éstas son las condiciones necesarias para lograr el mayor nivel de organización que el gobierno es capaz de recibir. Proveen la mayor variedad de recursos intelectuales; el incentivo permanente para el progreso, proporcionado no meramente por la competencia sino por la visión de un pueblo más avanzado; los elementos más abundantes de autogobierno combinados con la imposibilidad por parte del estado de gobernar todo por su propia voluntad; y la total garantía para la conservación de costumbres locales y derechos antiguos. En un país como éste, la libertad lograría sus más gloriosos resultados, mientras que la centralización y el absolutismo serían la destrucción.

El problema que enfrenta el gobierno de Austria es mucho mayor que aquel que fue resuelto en Inglaterra debido a la necesidad de admitir los reclamos nacionales. El sistema parlamentario no logra ocuparse de ellos, ya que presupone la unidad del pueblo. De ahí que en aquellos países en los que cohabitan diferentes razas no ha satisfecho sus deseos y se lo considera como una forma imperfecta de libertad. Destaca más claramente que antes las diferencias que no reconoce, y en consecuencia continúa con la tarea del viejo absolutismo y surge como una nueva fase de centralización. Por lo tanto, en dichos países el poder del parlamento imperial debe limitarse tan celosamente como el poder de la corona, y muchas de sus funciones deben ser ejecutadas por las dietas provinciales y una serie descendente de autoridades locales.

La gran importancia de la nacionalidad en el estado consiste en el hecho de que es el fundamento de la capacidad política. El carácter de una nación determina en gran medida la forma y vitalidad del estado. Ciertos hábitos e ideas políticas pertenecen a naciones determinadas y varían con el transcurso de la historia nacional. Un pueblo que acaba deemerger de la barbarie, un pueblo exhausto por los excesos de una civilización habituada al lujo, no puede poseer los medios de gobernarse a sí mismo; un pueblo dedicado a la igualdad, o a la monarquía absoluta, es incapaz de producir una aristocracia; un pueblo que niega la institución de la propiedad privada carece del primer

elemento de libertad. Cada uno de ellos puede convertirse en miembro eficaz de una comunidad libre sólo por el contacto con una raza superior en cuyo poder descansarán las futuras perspectivas del estado. Un sistema que ignora estas cosas y no confía para su apoyo en el carácter y aptitud de las personas no tiene como fin que éstas administren sus propios asuntos sino que simplemente obedezcan al poder supremo. La negación de la nacionalidad, por lo tanto, implica la negación de la libertad política.

El gran enemigo de los derechos de la nacionalidad es la moderna teoría de la nacionalidad. Al equiparar en teoría al estado con la nación, prácticamente somete a todas las otras nacionalidades que puedan estar comprendidas dentro de los límites. No puede admitirlas en un pie de igualdad con la nación gobernante que constituye el estado, porque éste dejaría entonces de ser nacional, lo que constituiría una contradicción del principio de su existencia. Por lo tanto, de acuerdo con el grado de humanidad y civilización en aquel cuerpo dominante que exige todos los derechos de la comunidad, las razas inferiores son exterminadas o reducidas a la servidumbre o proscriptas o puestas en condición de dependencia.

Si tomamos la institución de la libertad para la realización de los deberes morales como el fin de la sociedad civil, debemos afirmar que los estados esencialmente más perfectos son aquellos que, al igual que los imperios británico y austriaco, incluyen varias nacionalidades diferentes sin oprimirlas. Los estados en los que no se ha producido mezcla de razas son imperfectos, y aquellos en los cuales sus efectos han desaparecido son caducos; un estado que no satisface a las diferentes razas se condena a sí mismo; un estado que trabaja para neutralizarlas, para absorberlas o expulsarlas, destruye su propia vitalidad; un estado que no las incluye no cuenta con el principal fundamento de autogobierno. En consecuencia, la teoría de la nacionalidad constituye un retroceso histórico. Es la forma más avanzada de la revolución y debe conservar su poder hasta el fin del período revolucionario, cuya proximidad anuncia. Su gran importancia histórica depende de dos causas principales.

En primer lugar, es una quimera. El acuerdo al cual aspira es imposible. Como nunca puede satisfacerse y agotarse y siempre continúa haciéndose valer a sí misma, evita que el gobierno reincida en la condición que provocó su surgimiento. El peligro es demasiado amenazador, el poder sobre las mentes de los hombres demasiado grande como para permitir la permanencia de cualquier sistema que justifique la resistencia a la nacionalidad. En consecuencia, debe contribuir a obtener lo que en teoría condena: la libertad de diferentes nacionalidades como miembros de una comunidad soberana. Éste es un servicio que ninguna otra fuerza podría lograr, ya que es un correctivo de la monarquía absoluta, de la democracia y del constitucionalismo, así como de la centralización que es común a los tres. Ni el sistema monárquico ni el revolucionario ni el parlamentario pueden lograrlo, y todas las ideas que han provocado entusiasmo en tiempos pasados son débiles para alcanzar este objetivo, con la sola excepción de la nacionalidad.

Y en segundo lugar, la teoría nacional marca el fin de la doctrina revolucionaria y su agotamiento lógico. Al proclamar la supremacía de los derechos de la nacionalidad, el sistema de igualdad democrática va más allá de su propio límite más extremo y se contradice a sí mismo. Entre las fases democrática y nacional de la revolución había intervenido el socialismo, y ya había llevado al absurdo las consecuencias del principio. Pero esa fase fue superada. La revolución sobrevivió a su nacimiento y produjo otro resultado. La nacionalidad es más avanzada que el socialismo porque es un sistema más arbitrario. La teoría social se empeña en proveer a la existencia del individuo agobiado por las terribles cargas que la sociedad moderna impone al trabajo. No es meramente un desarrollo de la noción de igualdad, sino un refugio contra la miseria y el hambre existentes. Aunque la solución es falsa, el hecho de que el pobre debía ser salvado de la destrucción era una exigencia razonable; y si la libertad del estado era sacrificada para salvaguardar al individuo se alcanzaba, al menos en teoría, el objetivo más inmediato. Pero la nacionalidad no apunta a la libertad o a la prosperidad, a las que sacrifica por la imperiosa necesidad de hacer de la nación la medida del estado. Su curso estará marcado por ruinas materiales y morales, para que una nueva invención prevalezca sobre las obras de Dios y los intereses de la humanidad. No existe principio alguno de cambio, ni ninguna fase concebible de especulación política más abarcadora, más subversiva o más arbitraria que ésta. Es una refutación de la democracia, porque establece límites al ejercicio de la voluntad popular y la sustituye por un principio más elevado. Evita no sólo la división sino también la extensión del estado y prohíbe terminar

la guerra por medio de la conquista y obtener una garantía por medio de la paz. Así, después de entregar al individuo a la voluntad colectiva, el sistema revolucionario hace que la voluntad colectiva esté sujeta a condiciones independientes de ella, y rechaza toda ley, quedando sometida sólo a un control accidental.

En consecuencia, a pesar de que la teoría de la nacionalidad es más absurda y más criminal que la teoría del socialismo, tiene una misión importante en el mundo y marca el último conflicto y por lo tanto el fin de dos fuerzas que son los peores enemigos de la libertad civil: la monarquía absoluta y la revolución.